

No tuvo el doctor Restrepo la disciplina gramatical de un Emiliano Isaza, o un Alvarez Bonilla o un Martín Restrepo Mejía, pero les igualó en el arte de calibrar el alcance de las voces y en la destreza para graduar los matices de la metáfora que se esconde tras los signos fonales de toda palabra.

Otra rara virtud del médico del cuerpo y centinela del buen decir, fue esa paradójica tendencia evolucionista en lo antropológico, y gallardamente revolucionaria en lo político y social, de que dio vivas señales en sus escritos, y ese su apego imperturbable a la tradición idiomática que le acercaba al trance de romper lanzas con los innovadores así en el signo como en el rumbo de lo significado.

*
* *

Completo el encargo habitual entregando el testimonio de mi gratitud a los nobles amigos que iniciaron, secundaron y confirmaron el generoso deseo de verme aquí compartiendo con ellos la fatiga de las labores corporativas. También mi reconocimiento para el insigne repúblico, jurista y literato doctor Eduardo Santos, por el favor que me otorga al representar al Instituto en esta ceremonia, y en nombre de él, juzgar el tema de mi discurso, y alabar el pensamiento de los clásicos a quienes me acogí para salir con mediana fortuna de esta honrosísima prueba.

Cuántas cosas hubiera podido decir en abono de mi tesis sobre el lenguaje de la jurisprudencia sin dar ocasión a que los voceros de otras actividades de la inteligencia —médicos, ingenieros, químicos, astrónomos, matemáticos— me reprocharan de parcial. Sin embargo, confío en que con lo dicho magnifico la profesión en cuyo campo me situó la vida; ofrendo amplio homenaje de gratitud a la ilustre Academia Colombiana que me abre sus puertas con generosidad infinita; rindo pleitesía a la palabra que santifica al derecho, a la libertad y a la justicia; y por último, que en verdad es lo primero, glorifico a Dios por permitirme aceptar el honor de verme entre vosotros aumentando el patrimonio moral de que vivo orgulloso.

Palique Bachiller en el Rosario sobre Costumbrismo

Por CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Profesor de Historia de la Literatura Colombiana en el Colegio Mayor
de Nuestra Señora del Rosario.

Puesto que venimos haciendo un recorrido literario cronológico, dentro de cada grupo de materias, o géneros, al hablar de la prosa literaria, que ya vimos empezada en la crónica primitiva, y tenemos adelantada a través de lo histórico, lo científico, lo político, lo filosófico, lo didáctico —todo ello como concepción y ejecución intelectual analíticas y normativas, ya como normas éticas, ya como sistemas reguladores sociológicos— parece que le llega su turno a la obra de la imaginación, vinculada ella sí, ineludiblemente, al elemento externo como tema, como asunto, pero absolutamente libertada de objetividad exterior inmediata y librada íntegramente a la verdad estética.

Vamos a hablar de la literatura de imaginación, ya sea por creación directa, ya por transmutación o transformación o conversión de lo existente, actual, sensible, físico, realizado, en lo figurado, posible, ideal o idealizado: la creación costumbrista, el cuento y la novela, en nuestra literatura.

¿Qué es un cuadro o un artículo de costumbres?

Es una especie sui generis, dentro de las obras de imaginación, pertenecientes al género narrativo, y que tiene como finalidad, ética, por naturaleza y por definición, pintar, para conocimiento de los extraños y de la posteridad, las costumbres de los países en épocas determinadas.

También pueden tener, como objetivo, corregir lo censurable o defectuoso de las costumbres, pero debe predominar en todo caso, la

narración de los sucesos, comunes y ordinarios, en tono ligero, salpicada de observaciones festivas, picantes, si se quiere, y de chistes de buena ley. De una pintura así deben resultar cuadros vivos y animados de las costumbres, en los que resalte la demostración de lo malo y de lo ridículo que haya en esas costumbres. Pero esa demostración —y aquí está la medula del arte del costumbrismo literario— deben hacerla los hechos por sí solos, sin que el escritor tenga que adobarla o recargarla con reflexiones o disertaciones morales, para que el lector llegue, dentro de la lectura misma, a un punto en que las conclusiones deducidas de lo leído resulten obra exclusiva del lector.

En este género tienen cabida los caracteres, las descripciones, los diálogos y cuanto sirva para adornar la historia ficticia; pero todo debe dirigirse al fin propuesto, esto es, a la pintura o al vituperio de una costumbre.

El *costumbrismo* literario hace sus entregas en dimensiones reducidas: de otro modo se convertiría, en cuento o en novela y entonces es casi seguro que desaparecerían las condiciones que lo caracterizan. Nuestra literatura costumbrista ofrece ejemplos en que el tono empleado es serio, y el material son sucesos extraordinarios de carácter grave y aún de ocurrencias trágicas; pero estos cuadros aunque en rigor puedan calificarse como de *costumbres*, difieren notablemente de los arquetipos cuya imitación fue lo que creó ese género literario.

Local y circunstancialmente en nuestras Letras, la producción costumbrista característicamente nacional arranca de nuestro ya conocido señor don Juan Rodríguez Freyle, cuando en las socarronas y picarescas páginas de su *Carnero* empieza a poner de manifiesto la vida colonial en incipiente acción, revelando aspectos y sectores sociales de aquellos días y ambiente, con el risueño enfoque de su ingenio sobre todo género de situaciones, así fueran las más solemnes o dramáticas. Pero donde el *costumbrismo* colombiano se inaugura es en el cenáculo santafereño de *El Mosaico* donde un grupo de escritores, no obstante los defectos inherentes a toda improvisación y a una desigual calidad, echó los cimientos para una literatura auténticamente nacional colombiana y por ello mismo inconfundible. Fue un grupo de observadores minuciosos de los acontecimientos, fieles intérpretes de la tradición, captadores del alma y el ambiente populares, devotos de las cosas de la tierra, propagadores de ellas con fervoroso celo: ellos echa-

ron así las bases de una literatura auténticamente nacional colombiana. Su esfuerzo fraternal y solidario formó un acervo no superado aún y al que será necesario adentrarse en el movimiento intelectual del siglo pasado. Hasta allá tienen que retroceder el psicólogo y el investigador actual en busca del mayor y mejor volumen de testimonios sobre el espíritu nacional. José Caicedo Rojas le hablará de los paradójicos encantos de la vida colonial, mostrándole los cuadros y descripciones de su *Don Alvaro*; el alma misma del altiplano andino le habrá de sentir palpitante mientras lo recorre cabalgando en *El Moro* de don José Manuel Marroquín; entrecerrando los ojos contemplará el desfile de todos los usos vernáculos, sociales y domésticos, mientras va sorbiendo una tras otra la taza *creme* de chocolate santafereño; luego, la clase-media del café-con-leche, y por último la exótica oriental y un poco *nouveau-riche* del té inglés, sorbidas en la clásica vajilla de don Pepe Vergara y Vergara y Ricardo Silva, de José David Guarín y Manuel Pombo, de don Pepe Groot y Cordovez Moure, de don Juan de Dios Restrepo (alias Emiro Kastor), y don Eugenio Díaz, de Domingo Maldonado y Vicente Lombana, de Rafael Santander, y Pimentel y Vargas, el delicioso autor de *Escenas de la Gleba*: todos ellos en general y cada uno en su especialidad nos revelarán anecdóticamente uno de los periodos más sólidos de nuestra *historia cultural*, en una saludable y ágil combinación de estilo y de fondo, desfile de paisajes, retratos, exquisitas moralejas, y cristianas enseñanzas.

